

Fallas prosódicas en Azorín y Valle-Inclán

Azorín y Valle-Inclán, con Unamuno y Ortega, son los escritores españoles contemporáneos que más trabajos de estudio han merecido en los últimos cincuenta años. Pero en los dos primeros se dieron circunstancias prosódicas que si en el segundo fueron har- to comentadas, en el primero no. De ambos me voy a ocupar, no sin antes solicitar disculpa de los muy entendidos en sus vidas y en sus obras por meterme diletantemen- te en terrenos que no me corresponden.

Azorín

Los estudiosos de Azorín parece que han agotado el tema. Yo mismo, azoriniano pero no erudito de Azorín, he publicado un trabajito a propósito de unas cartas suyas (*Cuadernos Hispanoamericanos*, agosto-septiembre 1977) en el que acaso soslayando la norma hipocrático-deontológica del secreto profesional, saqué a la luz pública, cuando mi relato ya no podía perjudicarle en ningún sentido, una enfermedad que padeció, porque servía para explicar, en parte o en su totalidad, ciertas conductas socio-políticas que se le achacaban.

De tal proceso orgánico, diagnosticado primero por don Juan Madinaveitia, me pu- sieron al corriente, Marañón, al encargarme le atendiera profesionalmente de su cora- zón, y su médico de cabecera, don Manuel Izquierdo. Pocos días más tarde y en muy privada conversación me lo contó el propio Azorín con más detalles y con exquisita sen- cillez. Le asistí desde el 28 de febrero de 1963 hasta la fecha de su muerte; y durante todo ese tiempo, nuestros contactos y conversaciones fueron tan frecuentes como exten- sos; incluso durante los descansos veraniegos, yo venía de Salinas a Madrid, una o dos veces a la semana, sólo para verle y dialogar con él. En el antes citado trabajo lo puse de relieve.

Lo que ahora doy a la publicidad, es peccata minuta y estaba incluido en ese trabajo; pero hube de separarlo tanto para reducir la extensión del texto, como porque pensé que merecía ser publicado aparte, ya que el asunto no lo había visto tocado en ninguno de los numerosos estudios extensos que sobre Azorín revisé. Pienso que conviene divul- garlo, no porque constituya un detalle de importancia, que acaso no la tiene, sino por- que es un dato más de su vida, extrañamente desconocido de la mayoría de la gente, según intuyo. En su día lo comenté con los doctores Izquierdo y Marañón y con otros muchos (Sebastián Miranda, Luis Calvo, etc.). Es éste: Azorín tenía un ligero defecto en la pronunciación. No podía pronunciar la *k* ni la *q*. Las consonantes linguo-velo-gu- turales, como las que hay en *que*, *cual*, *quien*, *cuyo* y cuantos vocablos tuvieran las sílabas ca, co, cu, sonaban en él —en realidad casi no sonaban— de un modo anormal.

Tampoco pronunciaba la c delante de la r y de la l (como en criba y clavo), ni la c intermedia (como en acto, efecto o acción), que brotaban de su voz con leve rápida violencia, aunque con tanta soltura como arte, en una correcta ilación del discurso; de tal modo, que alguna gente podría no darse cuenta de la rareza.

Se trata de un mínimo defecto de pronunciación que cuantos lo padecen suelen disimularlo bien, haciendo un instintivo y pequeño esfuerzo espiratorio. Parecen sílabas con articulación fonética de origen tráqueo-cordal.

Ignoro cuál pueda o deba ser la más correcta designación fonética o filológica del hecho que no pude encontrar en el excelente *Diccionario de términos filológicos* de Esteban Carreter. En terminología médica es una *dislalia*, del gran grupo de las *afasias*; un defecto en la articulación de la palabra, debido a una mala pronunciación de las consonantes. Mas si lo que ocurre es que éstas ni siquiera se pronuncian, puede recibir el nombre de *parartria literal*. Cuando el defecto se refiere solamente a las consonantes oclusivas se puede calificar también de *paragrammacismo* o de *agramatismo* (que no es la *aliteración*), aunque el ejemplo que algunos ponen (sustitución verbal de la g o la r por la d y de la k por la t) no es equiparable. Azorín no sustituía una consonante por otra, sino que no pronunciaba la k ni la q. Cuando son congénitos o constitucionales, puede lograrse una corrección terapéutico-ortofonal, antes de los seis años o de la adolescencia, con buenos profesores de foniatría; pero Azorín, como después veremos, todo lo que encontró fue un maestro de escuela que le estrelló nada menos que contra la cartilla escolar.

Esa pequeña tara traduce una alteración de los mecanismos que regulan la articulación velar y oclusiva de la q o de sus equivalentes, y puede denunciar la existencia de una *paresia* o una *parálisis* de ciertos músculos de la fonación. Etiopatogénicamente éstas pueden ser congénitas o adquiridas; en este último caso, secundarias a muy diversas causas: genéticas, del nacimiento (partos complicados), enfermedades infecciosas de la infancia (laríngeas, encefalíticas) y de la adultez, así como las degenerativas del envejecimiento.

A cualquiera de estos grupos causales pudo pertenecer el defecto del gran monovarense, que también tenía una ligera torcedura del labio inferior, como se puede observar en la mueca que muestran todas sus fotografías. Únicamente me atrevo a eliminar el último, porque lo habrían advertido ya sus médicos años antes de la fecha en que yo le conocí, ya nonagenario; y porque no se concibe que a una persona de tan fino detallismo descriptivo como el mismo Azorín, o a sus familiares, no les hubiera llamado la atención como síntoma preocupante. Cabe también la posibilidad de que fuera de nacimiento o constitucional, aunque este tipo genético era, por entonces, científicamente desconocido. Yo me aventuro a considerarlo secundario a algún proceso infeccioso de la infancia por las razones, naturalmente discutibles, que voy a exponer.¹

¹ No recuerdo los datos que constaban en la ficha de Azorín de mi archivo. Después de muerto hube de destruirla por habérselo así prometido al redactarla, ya que en su historia clínica figuraban datos reservados, aunque sin importancia, que él no deseaba fueran conocidos. En aquel momento, con más de noventa años, parecía innecesario puntualizar en exceso. Debo señalar que aparte de las consultas verbales con los doctores Izquierdo y Marañón, le hice después un detenido interrogatorio que registré en el pertinente documento y que a Azorín le pareció «importantísimo» por las explicaciones que le di. Sólo conservo sus electrocardiogramas.

En el prólogo de las *Obras Completas* de Azorín (Aguilar, 1959), ofrece Cruz Rueda un dato de gran significación que pienso él habría podido aclarar algo más. Dice que padeció en la infancia una de las enfermedades «que son tan frecuentes en los niños» y que «estuvo a punto de privarnos del futuro Azorín. Mas salió adelante, sano y robusto, hasta su ancianidad» (Vol. I, pp. XXVII a XXVIII). En el último cuarto del siglo XIX, esas enfermedades, referidas por orden de gravedad, eran: la difteria o garrotillo (porque asfixiaba como un garrote), la viruela, la varicela, el sarampión y la tosferina. Todas, entonces, sin tratamiento ni vacunaciones específicas, y productoras de complicaciones gravísimas, muchas veces mortales. La difteria ocasionaba, desde los primeros días, membranas asfixiantes de la faringe, lesiones que, incluso cuando no mataban, dejaban residuos que podían alterar la fonación para toda la vida; y hasta paresias de los músculos orbiculares de la boca. Como esta enfermedad raramente aparecía después de los seis años, habría que localizar los procesos que Azorín padeciera entre los seis y los ocho años aproximadamente; años de primera escolaridad.

José Alfonso también nacido en Monóvar e hijo del que fue médico de cabecera de la familia Martínez Ruiz y gran amigo de Azorín y de sus padres, autor de dos excelentes libros sobre el maestro, dice en el primero de ellos, *Azorín íntimo* (Madrid, La Nave, 1959), que éste tuvo una enfermedad «muy grave» en que la vida «se le iba por momentos». Pero a continuación habla del «dolor profundo que suponía perder un amigo tan bueno y bondadoso al que estimaba y quería de veras»; veía en él una vida predestinada a ser gloriosa [que] se le escapaba [a su padre, el médico] de las manos»; y que «mi padre intuía lo que sería Azorín con el tiempo». Esas matizaciones no parecen corresponder a hechos de la primera infancia de Azorín. Al final del capítulo reitera Alfonso: «De entre las mallas fatídicas de la muerte pudo rescatar mi padre aquella vida gloriosa» (esto de las mallas, ¿era una metáfora literaria, o se refería a las membranas asfixiantes, verdaderas mallas, de la difteria?). Termina diciendo que «el mejor regalo para mi padre fue la alegría que experimentó cuando vio de nuevo a Martínez Ruiz con la pluma en la mano». Frase que también contradice la posibilidad de que tal enfermedad sucediera en la infancia, tal como se infiere de las otras palabras de Cruz Rueda. La referencia es, pues, confusa.

En el segundo libro del mismo Alfonso, *Azorín. En torno a su vida y a su obra* (Barcelona, Aedos, 1958), se habla de un reumatismo agudo (p. 86) que obligó a trasladar a Azorín al balneario de Fortuna, sin mencionar la edad que tenía, aunque era niño, a juzgar porque el mayordomo Bernardo era quien le bañaba. Y en otro lugar (p. 210) cuenta que Azorín estaba convaleciente de una gripe. Sin duda estos datos corresponden a distintas fechas.

No he podido consultar el trabajo de Gamallo Fierros, *Hacia un bibliografía cronológica en torno a la letra y al espíritu de Azorín*, publicado por la Dirección General de Archivos y Bibliotecas (Madrid, 1956), citado por Martínez Cachero (*Anales Azorinianos*, vol. I, p. 47, Monóvar, Museo Azorín, Caja de Ahorros de Alicante y Murcia). No sé, por tanto, si en algún trabajo que allí se mencione aparecen la fecha más o menos concreta y el diagnóstico de aquella posible grave enfermedad.

Tiene especial interés la falla prosódica de Azorín, porque este mismo me dijo un día que cuantas veces había hablado en público o leído discursos o adhesiones en home-